

La “mancha ciega” del psicoanálisis

Comentario acerca de *Nobodaddy. La histeria en el siglo*, de Catherine Millot

Catherine Millot comienza citando el contexto de “Temas de actualidad: de guerra y de muerte”, artículo de Freud de 1915 donde éste refiere las desilusiones acaecidas en los espíritus de los hombres a partir de los desastres de la Primera Guerra mundial. Sabido es que la Segunda acarrearía mayores carnicerías y crueldades.

A partir del caso de una paciente de Anne-Lise Stern, psicoanalista que sufrió la deportación en carne propia, sitúa Millot la ambigüedad de la posición paterna. Cita a Stern: “la analizante quiere saber si su padre, en Argelia...llegó a torturar como un alemán.” (...) La analizante -continúa Millot, quiere, pues saber. “Se dirige a la *Pantalla-Supuesta-Saber*, -dice Stern, la televisión, esa caja que enmarca el fantasma, manteniendo encerradas las imágenes de la realidad de todos los horrores pasados y presentes: las verdaderas visiones. (...) Weiss es también un blanco, el blanco de la censura, de la respuesta borrada. “Su deseo sería que, de su pregunta torturante, el padre saliese blanco como la nieve, o que hubiese un “blanco”, un black-out: respuesta dejada en suspenso.” (...) Este sueño atestigua lo que se espera de un padre, la demanda fundamental que se le dirige: que sepa lo suficiente sobre lo que, del horror, se abre al goce para saber decirle “no”, y ésta es propiamente su función. Este sueño es un sueño de resistencia, de esa resistencia del deseo que es resistencia al imperativo de goce que resuena en todo mandato y le confiere su poder de sugestión.”

Cita una frase de Lacan en el *Seminario 11*: “la ofrenda a dioses oscuros de un objeto de sacrificio es algo a lo que pocos sujetos pueden no sucumbir en una monstruosa captura.” Esta cita, tan “citada” a la vez en nuestro medio, adquiere en el argumento de la autora una dimensión importante, ya que además el punto sacrificial, esa posición tan cara a la histeria, será un eje fundamental en su recorrido.

En el cap. siguiente, *Vateraetiologie*, o sea la etiología del padre, irá desplegando la manera en que Freud pasa de su teoría del trauma y la seducción a la del fantasma: “Entre 1897 y 1905 Freud operó una revisión radical en su teoría de la etiología de las neurosis. La teoría traumática cedió su sitio a la del fantasma, inseparable de la promoción del complejo de Edipo, considerado en lo sucesivo como el núcleo central de la neurosis. Esta operación se refleja en una inversión gramatical: el deseo del padre sigue siendo el elemento patógeno capital, pero se ha pasado del genitivo subjetivo al genitivo objetivo: la fuente de la histeria sería el deseo reprimido por el padre, y no el atentado sexual cometido por éste, atentado que en la mayoría de los casos constituiría tan sólo una elaboración fantasmática secundaria. La culpa del deseo es devuelta al remitente, y el complejo de Edipo constituye la respuesta de Freud a la teoría traumática que en un principio él había aceptado de la histérica. (...) Freud sustituye lo real del trauma por el fantasma, es decir por la verdad de la ficción, verdad del deseo del sujeto. La ganancia de esta operación es situable del lado del análisis y de sus incidencias terapéuticas. El deseo, en efecto, está abierto a la reconstrucción dialéctica, pues se halla sometido a las leyes de lo simbólico -es susceptible de metaforización y desplazamiento; mientras que el trauma deja las huellas de la fulminación de un goce (está marcado por un “no es suficiente” en la histérica o por un “es demasiado” en el obsesivo) que resiste a la simbolización e insiste en el sufrimiento del síntoma.” Pero a la vez “El analista que se constituye en representante de la ley edípica se expone fatalmente a encarnar la figura, familiar a la histérica, del padre impotente. La buena voluntad terapéutica encuentra su paga en la reacción terapéutica negativa: los síntomas mejor analizados no ceden, incluso llegan a agravarse. El goce enlazado al síntoma no se deja reducir, por dolorosa que sea su manifestación, dando fe de la existencia de ese más allá del principio del placer que Freud designó con el nombre de pulsión de muerte.”

En el cap. llamado “Ferenczi, el hijo-madre”, Millot analiza las variables que habrían conducido a éste a reprochar a Freud “no haberlo analizado hasta el final”. Sabemos que Freud se refiere a dicha queja en su texto *Análisis terminable e interminable*, cuyo estudio pormenorizado realizado por J-A. Miller resulta brillante. Como refiere Millot, “Fue Ferenczi quien inspiró a Freud lo que éste denominó “la segunda regla fundamental”, vale decir, la obligatoriedad del análisis didáctico en

la formación del analista. Justificó esta exigencia en la necesidad de reducir la “ecuación personal” del analista, fuente a actitudes contratransferenciales que oponen una resistencia al trabajo de los analizantes.” Cita al mismo Ferenczi en su *Diario*: “Mi propio análisis no llegó lo suficientemente lejos porque mi analista (cuyo narcisismo él mismo confesaba (!), con su firme decisión de preservar su salud y con su antipatía por las debilidades y anomalías, no pudo seguirme en esa profundidad [que la empatía posibilita] y comenzó demasiado pronto con lo educativo.” Continúa Millot: “Para Ferenczi el trauma que dio origen a la escisión, a la división intrasubjetiva, exigía ser reparado, y ello con el fin de que se restaurara la armonía perdida merced a la unificación de la personalidad. En la desesperada empresa de liquidar la barra que divide al sujeto, se esforzó en encarnar a un Otro que por su parte no estaría barrado, que no se hallaría afectado por la misma división estructural, dándose por entero a la tarea de colmar el desfallecimiento de lo simbólico y de restaurar la figura del padre ideal. (...) En su relación con Freud, al igual que en sus vínculos con sus pacientes, Ferenczi vivió hasta el final los atolladeros de la castración del Otro y lo que constituyó para él la imposible destitución del Padre ideal. Los extremismos del análisis mutuo, en persecución del inalcanzable ideal de autenticidad, lo condujeron hasta el ir y venir de una relación en espejo donde ya no resta otra cosa que “llorar juntos”, según sus propios términos.”

En la carta a la que hace referencia la autora, donde Ernest Jones describe los momentos (1932-1933) en que la ruptura entre Freud y Ferenczi se produce, el maestro escribe a Marie Bonaparte: “Ferenczi ya es un verdadero trago amargo. Su prudente mujer me ha manifestado que yo debería tratarlo...; como a un chico enfermo! Ud. tiene razón: la decadencia psíquica e intelectual es mucho más grave que la inevitable decadencia del cuerpo.” Hemos de agregar que en el contexto previo, Freud había ofrecido a Ferenczi la presidencia de la Asociación Psicoanalítica de Viena: “Freud hizo una sugestión brillante, afirma Jones, en el sentido de que la aceptación del cargo tendría el carácter de una “cura forzada” que habría de arrancarlo de su aislamiento, pero Ferenczi se sintió más bien ofendido por esto y negó que hubiera nada que fuera patológico en su aislamiento: estaba simplemente concentrado en su tarea.” Ferenczi estaba ofuscado de que Freud se hubiera opuesto a que presentara su trabajo en el Congreso.

Digna de mención la acotación de Freud en vistas a la publicación de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932), en momentos en que la situación financiera del *Verlag* (la editorial de la Asociación) era crítica: “Este trabajo responde, por cierto, más a una necesidad del *Verlag* que a una mía, pero de todos modos uno debiera siempre estar haciendo algo en que pueda ser interrumpido, en lugar de dejarse arrastrar en la pendiente de la holgazanería.” En dos meses Freud tuvo concluidos los siete capítulos del libro. (1)

En el cap. “Goce letal, goce sacrificial” Millot analizará “El problema económico del masoquismo”: “Todo se presenta como si, en relación con el principio del placer, la pulsión de muerte pudiera expresarse en dos direcciones opuestas: una, más acá, del lado del grado cero de excitación, del lado de la abolición completa de toda tensión, hasta el límite en que el viviente se reúne con lo inanimado, en la muerte; la otra, más allá, del lado de un incremento indefinido de la excitación, hasta sobrepasar el límite que es compatible con la vida. A esta segunda dirección correspondería el masoquismo primario. (...) El padre sería el agente de la intrincación de las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Así como es posible distinguir dos “direcciones” de la pulsión de muerte, convendría distinguir dos modalidades del goce, o sea aquéllo que transgrede al principio del placer: un goce que podríamos calificar de letal, a imagen de un dormir, que profundizándose, llegaría a la muerte; y otro goce ligado al horror de una violencia destructiva, a imagen del despertar de un dolor intolerable. Modalidades que son ambas mortales, una por defecto y otra por exceso, y que apuntarían, por caminos diferentes, al mismo fin.”

(1) Jones, E.: *Vida y obra de Sigmund Freud*. T. III. Ed. Nova. Bs.As. 1962. Pág. 189-192.

Pienso aquí como ejemplo de la primera modalidad de goce las palabras de *Hamlet*: “¡Morir...dormir; no más. Y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne! (...) Morir...dormir! ¡Dormir!...¡Tal vez soñar! ¡Sí, ahí está el obstáculo! ¡Porque es forzoso que nos detenga el considerar qué sueños pueden sobrevenir en aquel sitio de la muerte, cuando nos hayamos librado del torbellino de la vida!”(2) Y de la segunda modalidad, quizás la misma congoja y violencia que lo invade luego de que el espectro de su padre le revele cómo fue envenenado -por el oído, recordemos que el veneno vertido de ese modo alerta a Lacan en su lectura de la tragedia en el *Seminario 6*. De paso, podemos ver la sutileza de Shakespeare en orientar que efectivamente el padre real es el Padre muerto, espectro cuya voz le habla a Hamlet.

Volvamos a Millot. “El cambio de sentido del goce operado por la metáfora paterna corresponde a la intrusión del goce fálico, condición del paso del goce letal al goce masoquista de la autodestrucción, pero que no se confunde con éste, situable en rigor del lado de lo que Lacan denomina goce del Otro. Si el goce fálico abre el abismo del goce del Otro, es por lo mismo que introduce la dimensión de la castración, de la falta del Otro, con la angustia correlativa.” Retomará luego los términos freudianos del “Proyecto de una psicología para neurólogos”, para ubicar allí el intento siempre fallido del aparato psíquico de lograr la identidad de percepción. “Desear consiste, afirma Millot, de este modo, en apuntar a la imposible identidad del significante consigo mismo, que constituiría el goce absoluto. Por consiguiente, la existencia misma de lo simbólico entraña la pérdida de este goce, esto es, la castración. El complejo de Edipo quiere decir que sólo a la función del padre está referida la castración como efecto de lenguaje. A causa de la castración de la madre, significada por el padre al niño, quien de este modo se ve desestimado del fantasma de ser su objeto adecuado, el goce del Otro materno lo pone frente al horror de un insondable abismo, traducción imaginaria de la irreductible diferencia del significante consigo mismo. Sólo el sacrificio total de sí puede, desde ese momento, liberar al niño del imperativo de colmar su hiancia. El goce del sacrificio pasa a ser entonces la única metáfora del goce abismal del Otro, abierto por la dimensión significativa.” Siendo entonces que el Padre toma el relevo del deseo materno, ambos se co-determinan en el goce sacrificial al que el sujeto se consagra. “En este sentido, la sumisión al padre implica la misma exigencia sacrificial -pasar a él todo entero, que el goce del Otro materno. Sostener al padre y gozar de la madre poseen, así, el mismo valor fantasmático.” Aunque no lo diga en este punto del recorrido, es insoslayable a mi entender la referencia a “Pegan a un niño”.

En “Paradojas del superyó” y “El superyó femenino” Millot se apoya en los textos freudianos “El problema económico del masoquismo” y “La feminidad”, pasando por “Consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica”, para situar los diferentes caminos de constitución de la sexualidad en el varón y en la mujer, en relación al falo y el Edipo. “Si la histérica se pretende enferma del Padre, es porque el ser hablante está enfermo del lenguaje. (...) Recordemos que, tanto en el varón como en la niña, el complejo de Edipo consiste en la preferencia concedida, en determinado momento de la historia del sujeto, al padre en relación con la madre; cambio de objeto consecutivo al descubrimiento de la castración en la madre. Lo que Lacan llamó padre-versión [*père-version*]; es decir, la orientación hacia el padre, es la esencia misma del complejo de Edipo en los dos sexos.” Se detendrá en la diferencia del Ideal del yo y el superyó. “Ambos, el superyó y el Ideal del yo son formaciones que pertenecen al registro de lo simbólico, pero su naturaleza es empero diferente. El ideal del yo se sostiene en un trazo *-einzigiger Zug* [término que Lacan retoma de Freud], el trazo “unario”, que pertenece al orden de la insignia, intermedio entre el signo y el significante. Él gobierna la posición narcisista del sujeto y, por esta vía, guarda relación con el registro espejular. Representa aquéllo gracias a lo cual el sujeto restaura la satisfacción narcisista perdida, es decir que entraña el ideal del yo, un ideal de omnipotencia. El superyó en cambio, depende del habla. Está

(2) Shakespeare, W.: *Hamlet. Príncipe de Dinamarca*. Acto IIIº. Ed. Club Int. Libro. Madrid. 1997.

constituido dice Freud por “cosas oídas”, restos verbales: tiene relación con la voz, no con la mirada.” En este punto remito al libro de Germán García *La otra psicopatología*, donde en diversos lugares sitúa estos elementos: “El Superyó se forma sobre el modelo del superyó parental.” Retomando textos freudianos como *Tótem y tabú*, *La novela familiar del neurótico*, *Juanito*, *Schreber*, *Moisés...* entre otros, afirma: “Pensar el concepto de superyó implica ubicar su estatuto respecto de la función del padre.(...) Ser hijo entonces será ubicarse en relación al deseo de la madre, y nuevamente aparecen tres generaciones. El superyó aparece como reaseguro en forma doble: del pene y de la salida de la madre. Aparece ligado en forma ambigua por un lado al padre idealizado y por otra a la función del padre. Debemos observar que si el corte fuera total no habría superyó; para que lo haya debe continuar en cierto modo el deseo incestuoso. Si hubiera salida del Edipo no habría superyó. No sólo las mujeres no terminan de salir nunca, sino que los hombres tampoco. Pero por otro lado, si el corte fuera absoluto, tampoco habría narcisismo; ¿cómo puede el corte a la vez unir y desunir?”

Entonces, dado que se trata del padre y de su función, tomaré algunas cuestiones que despliega Michel Silvestre en su artículo “El padre, su función en el psicoanálisis” (1985), referencia de Millot en este libro. Inicia su indagación con el sueño citado por Freud en *La interpretación de los sueños*, “Padre, acaso no ves que estoy ardiendo?”, del cual recordemos que Lacan lo describe como “visión atroz”. “Un padre sueña, afirma Silvestre. Sueña que su hijo lo llama. Pero el padre, puesto que sueña, está inconsciente, y el hijo que le dirige esa pregunta está muerto. ¿Hacen falta estas dos condiciones para que, del niño a su genitor, la palabra cumpla su función sin perderse en el camino? ¿Hace falta que un padre permanezca inconsciente para no ser sordo a las llamadas del ser que él ha echado a la vida, como se dice echar a alguien a los leones? ¿Hace falta que un hijo esté muerto para poder recordarle a su padre que él no es sino caución en la deuda que, del uno al otro, debe ser transmitida? ¿Hace falta, por último, la muerte de uno y la inconsciencia del otro para que se diga entre ellos que el deseo es una quemadura imprevisible, y la muerte una aspiración culpable?” Así comenzado, su reflexión rondará en torno a la pregunta: ¿Qué es un padre? [esta pregunta] “...será mantenida por Freud hasta el final de su vida como un enigma tan impenetrable como el otro interrogante freudiano: ¿Qué quiere la mujer? De lo contrario, ¿por qué su vacilación en rechazar la figura del padre seductor, o incluso su consideración, con Moisés, del mito del padre primitivo o, por último, el aprieto en que reconoce hallarse para determinar el manejo de la instancia paterna en la interpretación y en la transferencia? (...) Las funciones a cargo del padre son múltiples y por tanto dispares. Tras haber eliminado a disgusto la del seductor, Freud las va descubriendo una por una. Objeto de amor para Dora, espectro para el Hombre de las ratas, tirano priápico para el Hombre de los lobos, censor temido y vacilante para Juanito, quien debe totemizarlo, *voyeur* represivo para la joven homosexual. Sería inútil proseguir el inventario, el padre está presente en cada recodo del Edipo, cualquiera que sea su disfraz.” (4) Sugiero seguir el desarrollo sostenido del autor respecto de la función del Padre.

Volviendo a Millot, tomará *Tótem y tabú* para continuar su recorrido acerca del *Urvater*, figura del padre totémico donde Freud ubica el asesinato por el cual los hijos, culpa retroactiva mediante, se prohíben el goce de las mujeres que habría sido el motivo del asesinato. Este padre es “el Padre real (...) si bien sigue siendo aquél que tiene la clave del goce de la Mujer (donde la cara objetiva y subjetiva del genitivo indica la equivalencia entre el goce que se tiene de ella con el que ella tiene), esto sucede por lo mismo que este Padre real encarna lo imposible del goce. El Padre real, que Lacan asimila entonces al Padre primitivo de *Tótem y tabú*, corresponde así al punto de imposible de la estructura.”

(3) García, G.: *La otra psicopatología*. Cap. “Introducción del narcisismo”. Ed. Laumardi. Bs.As. 1978.

(4) Silvestre, M.: *Mañana el psicoanálisis*. Manantial. Bs.as. 1988.

Luego, respecto del sacrificio de Abraham, donde su hijo es sustituido por el carnero, referencia que toma Lacan en la única clase destinada a *Los nombres del padre*, sitúa la función del sacrificio: “(...) algo en la articulación de la ley y de la pérdida de goce exige la reiteración infinita del sacrificio, del padre unas veces y otras del Hijo [recordemos el sueño citado por Freud y retomado más arriba por Silvestre], como si el renunciamiento al goce debiera repetirse infinitamente: la ley nunca exime lo suficiente de la exigencia de ofrecerle sacrificios para reparar su pérdida. Ese resto de voz es todo lo que subiste de un goce sin límites. También es él lo que resuena cuando habla la voz de la conciencia, en el centro de esa función del superyó cuyas paradojas Freud puso en evidencia. A través de la voz, lo que Lacan llama objeto *a* revela así representar lo que, de la función del Padre, se designa con el término de Real, como límite de lo Simbólico.”

Analizará entonces las transformaciones de la noción de objeto en Lacan, desde lo Imaginario del estadio del espejo hasta llegar a las formas que agrega a los objetos freudianos: la voz y la mirada. “Así pues, el objeto *a* viene a funcionar en el lugar donde la existencia del Otro desfallece, en ese punto de insimbolización del goce que tanto designan el *Urvater* como lo *Urvendrängt* freudianos. Como apunta Lacan en su seminario sobre *La angustia*, el objeto *a* se estructura a nivel de la represión originaria, allí donde se constituye el sujeto en el lugar del Otro, por la razón misma de que no tiene representante adecuado en lo simbólico.(...) Mediante el fantasma, el sujeto anuda la ficción del Padre a la “fixión” de lo real del plus-de-gozar. La construcción del fantasma en el análisis permite desanudar estos dos registros y devolver la ficción edípica a lo que constituye todo su real, es decir, al objeto *a*, separando así el registro de la castración, devuelta a lo imposible del goce, y el del objeto *a*. (...) A la luz de este nuevo eje [el del plus-de-gozar articulado a la insatisfacción] Lacan examina los casos *princeps* de la Bella carnicera y de Dora, indicando, para la primera, que al acantonar su insatisfacción en lo superfluo -los pequeños canapés de caviar que no permite a su marido ofrecerle, ella desconoce que sólo dejando lo esencial de la satisfacción genital, que no le falta, a otra, la amiga de su sueño por ejemplo, encontraría su más de gozar, el de ella. [En este punto recomiendo especialmente su análisis de la frigidez, ya que aporta perspectivas clínicas realmente operativas] Cosa que Dora, en cambio, no ignora, al gozar con ser privada de un oficio que el Sr. K estaría bien dispuesto a rendirle, y que ella se empeña en que le toque a la Sra. K.”

En los últimos caps. Millot desglosará las fórmulas de la sexuación tomando las categorías aristotélicas y demostrando qué torsiones realizó Lacan para poder situar en sus fórmulas las posiciones de los hombres y las mujeres, en relación al Todo y la excepción. También, situará a la histeria como la función capaz de desarticular algo de la uniformidad a la que tiende la modernidad. “La histeria en el siglo” es esa función por la cual la histeria se descuenta y a la vez hace trastabillar al Amo, denunciando su impotencia. Para fundamentar esta idea Millot retoma los tres puntos que Lacan desglosa en la “Proposición...” como “tres puntos de fuga”, es decir “otros tantos puntos por donde se expone a fracasar en su tarea y que interpelan a deseo del psicoanalista”. Estos puntos corresponden a los tres registros y se sitúan en relación al complejo de Edipo; la estructura del grupo, cuyos modelos son la Iglesia y el Ejército, tal como Freud los deslindó en *Psicología de las masas...* y los efectos de segregación, que se manifiestan en lo social y en los grupos de analistas (S, I, R). ¿Hará falta que situemos en el último los fenómenos revelados merced a la pandemia?. “El saber prohibido de la muerte del padre cumple también la función de perpetuarlo: que él no deba saber que está muerto constituye la mejor prueba de su existencia. Lacan señaló con frecuencia que la culpabilidad por la muerte del padre responde al anhelo de que sea inmortal. En esto se revela que el inconciente es religioso: inseparable de un saber supuesto, saber que no se debe, en el que se funda la existencia del Otro, suposición que está en el principio de la transferencia.” A esto llama Millot la “mancha ciega” del psicoanálisis, “el *Ungrund* de la teoría freudiana, su fundamento, él mismo infundado.” Cómo hará el analista lacaniano para poder sostener el análisis en función a un deseo, que no lo condene a la impotencia pero tampoco a la infinitud, es lo que Silvestre también alerta al final de su artículo.